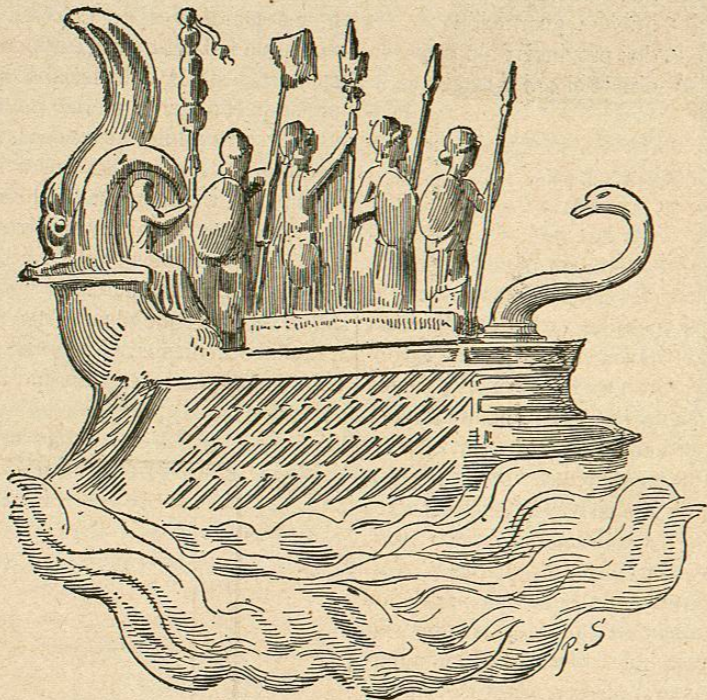


treinta y seis cuyo nombre demuestra su origen, y de estas treinta y seis catorce pueden ser consideradas como galo-romanas, sin que ninguna de ellas haya sido sacada de las regiones del Mediodía ó del Centro. Los escuadrones presentan un aspecto más vario; en ellos está considerablemente representado el elemento danubiano, africano, oriental; pero de los cuarenta *auxilia* denominados según su nacionalidad, veintiséis son germanos ó galos y de ellos once por lo menos han sido reclutados en los límites del Imperio. De estos once cuerpos, los únicos cuya providencia está indicada con

ó germánico, ocho; con étnico bretón, tres. Escuadrones de caballería, doce: con étnico, seis; con étnico galo, tres.

Los bárbaros entraban al servicio de Roma por conductos y títulos muy diferentes. Podían ser reclutados individualmente y servir dispersos; podían también ser alistados en masa por medio de un contrato, como *confederados* ó á consecuencia de un acto de sumisión, como *dediticios*, y en ambos casos eran agrupados por naciones.

Los pueblos *confederados*, que habían conservado una



Cuadrirreme, tomado de un bronce de Gordiano III. (Gabinete de Francia.)

precisión son de secuanos, de tongros, de nervios. La virtud militar de la antigua Belgium no estaba, pues, agotada: las mismas poblaciones que tan enérgica resistencia opusieron á César eran todavía las que en el ocaño de la dominación romana sostenían la fama del valor galo; á ellas van dedicados los elogios que dirige á nuestra raza el más competente de los jueces, el historiador Amiano Marcelino (1). Los quince *auxilia* restantes, de los veintiséis, estaban compuestos de bárbaros de allende el Rhin, bátavos, matiacos, bructeros, tubantes, ampsivarios, hérulos y franco-salios.

La mayor parte de las tropas reclutadas en la Galia ó en las inmediaciones servían en este país; de suerte que el ejército galo-romano mantuvo hasta el fin su mismo carácter, en demostración de lo cual nada hay tan convincente como los números (2). Legiones acantonadas en la Galia: veinte; con étnico galo, once; con étnico bretón, una. *Auxilia*, diez y seis; con étnico galo

existencia independiente, obligábanse á facilitar un número determinado de soldados, bajo ciertas cláusulas la más común de las cuales era la de que no se les utilizaría demasiado lejos de su país. Los germanos que servían en la Galia, por ejemplo, habían estipulado que no podrían ser enviados al otro lado de los Alpes.

Los *dediticios* eran vencidos trasplantados las más de las veces en territorio romano, en cual caso se dividían en dos clases, los *gentiles* ó extranjeros, y los *lati*, voz tomada de la lengua germánica en la que se designaba probablemente con ella á los hombres de la clase inferior. Su condición era análoga á la de las tropas de la frontera, es decir, que á cambio de una concesión de tierras estaban obligados al servicio, ellos y sus hijos, á perpetuidad. Sin embargo, no formaban guarniciones locales, ni cuerpos especiales, sino una especie de colonias semiagrícolas, semimilitares, de las que el gobierno sacaba soldados cuando los necesitaba. Cada uno de estos grupos estaba á las órdenes de un prefecto y se regía por sus costumbres nacionales. Es difícil decir en qué se distinguían una de otra las dos categorías de *gentiles* y de *lati*; lo que más claramente se vislumbra es que los primeros eran menos considerados que los segundos, y la prueba de ello es que á veces ocupan un lugar secundario al mando de un mismo jefe. Además, los *gentiles* pertenecían á diversas nacio-

(1) XV, 12. «Los galos son soldados en cualquier edad; jóvenes ó viejos, corren al combate con el mismo ardor. Jamás se les ve, como á los italianos, amputarse el dedo para eximirse del servicio; el epíteto de *murcus* (cobarde), que de aquí viene, es desconocido en aquel país.»

(2) La repugnancia de los cuerpos galo-romanos á combatir fuera de su país se manifiesta claramente en los hechos que determinaron la elevación de Juliano al Imperio (capítulo IV).

nalidades: sármatas, suevos, taifalos, etc., al paso que los letos únicamente se reclutaban entre los pueblos más próximos al Rhin.

Esta razón es aparentemente la que hizo que los establecimientos léuticos quedaran reducidos á la Galia,



Yelmo de bronce del siglo IV, encontrado en un brazo del Sena. (Museo del Louvre.)

sin perjuicio de las colonias de *gentiles* que se encuentran igualmente allí, pero que existen también en otras partes. Había letos teutones en Chartres, letos francos en Rennes, letos bátavos en Arrás y en Noyón. A otros se les designaba, no por su nacionalidad, que tal vez estaba mezclada, sino por su residencia: tales eran los letos lingones, diseminados en diversas localidades de la Bélgica primera; los letos *lagenses* (de *Lagirum*, Lugige, en el camino de Bavay á Tongres) cerca de Tongres; los letos nervios en Famars (*Fanum Martis*), cerca de Valenciennes: los letos acti (?) en *Epusum* (?), en la Bélgica primera. En Bayeux y en Coutances los letos bátavos estaban rodeados de *gentiles* suevos. El texto de la *Noticia*, que en este pasaje está muy alterado, nos da á conocer á otros *gentiles* asociados á letos cuyo nombre no cita; los *gentiles* suevos en el Mans y en Clermont-Ferrand, y los *gentiles* de Reims y de Senlis. El mismo documento nos señala más adelante los *gentiles* acantonados aisladamente, los sármatas con los taifales en Poitiers, los sármatas cerca de París, entre Reims y Amiéns, en el Forez y en el Velay, en Langres.

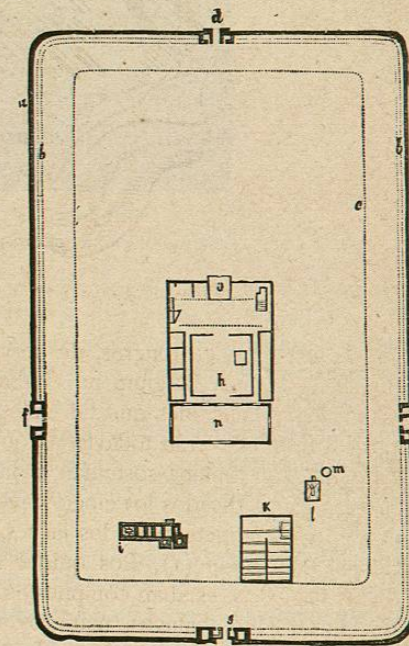
Estos extranjeros acabaron por fundirse con los indígenas, y ya Zosimo, que escribía en la segunda mitad del siglo XV, pudo mirarlos como galos (1); sin embargo, conservaron su individualidad mucho después de las invasiones y aun hoy en día vive su recuerdo en un punto de nuestra toponimia. Los taifales, citados por Gregorio de Tours ciento cincuenta años después de la redacción de la *Noticia*, continuaban en posesión de las tierras que por rescripto imperial les habían sido concedidas. El territorio en que habitaban (2) llevaba entonces el nombre de *Theiphalia* y tenía por centro la pequeña población de *Tiffauges*, en los Dos-Sevres. Los nombres de *Sermaise* (Loiret, Marne, Oise, Seine-et-Oise) y de *Sermoise* (Nievre, Aisne, Yonne), derivados de *Sarmatia*, *Sarmatiola*, recuerdan un establecimiento de sármatas; los de *Marmagne* (Côte-d'Or, Cher, Saone-et-Loire) y de *Allemagne* (Calvados), derivados de

(1) II, 54.

(2) Longnón, *Geographie de la Gaule au VI siècle*, página 176. D'Arbois de Jubainville, *Recherches sur l'origine de la propriété foncière et des noms de lieux habités en France*, págs. 413-415.

Marcomannia, de *Alamannia*, recuerdan un establecimiento de marcomanos y alamanos.

La reforma que dejamos descrita ha suscitado muchas críticas de los contemporáneos y de los historiadores modernos, críticas que no siempre parecen justificadas. Se ha censurado la dislocación de las legiones, como si esta medida no hubiese sido impuesta por las nuevas necesidades tácticas, y se ha criticado también la dispersión de las tropas en el interior, como si el contacto con la población civil fuese fatalmente destructivo del espíritu militar. Pero la verdad es que la debilidad de Roma ante los invasores obedecía á causas independientes de esta reforma, causas cuya influencia hemos visto anteriormente, y no cesó de dejarse sentir después. Diocleciano se había esforzado por aumentar el poder numérico del ejército; pero ni él ni sus sucesores pudieron vencer las dificultades de orden económico. Los grandes efectivos solamente existían en el papel; á juzgar por las cifras oficiales, el ejército romano debía contar un número de cincuenta á sesenta mil combatientes, y sin embargo Juliano no pudo llevar al campo de batalla de Estrasburgo más que trece mil. Y no hay que olvidar que las guerras civiles, no menos frecuentes en el siglo IV que en el III, no dejaban menos que antes estas fuerzas intactas.

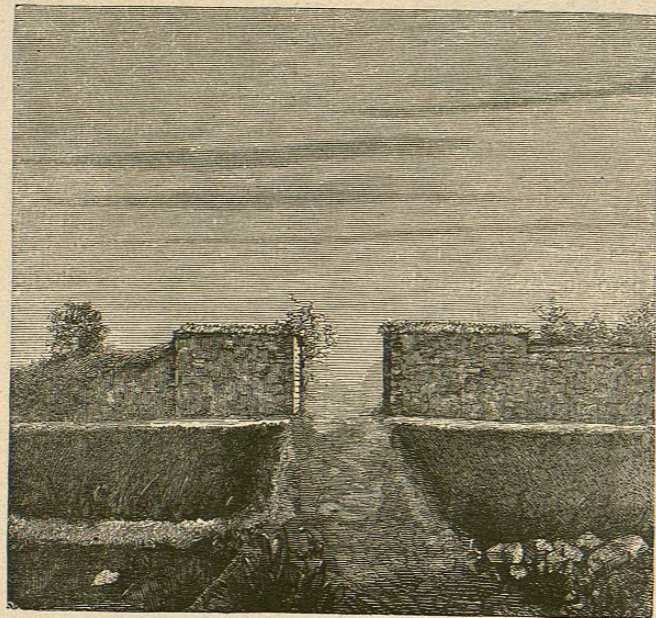


Plano del castro romano, hoy ruinas, de Saalburg

a, Muro de recinto.—b, Camino del terraplén destinado á los defensores.—c, Camino ancho; la *via angularis*, destinada al movimiento de fuerzas numerosas.—d, Puerta principal ó pretoria.—e, Puerta principal de la derecha.—f, Puerta principal izquierda.—g, Puerta decumana.—h, Habitación del comandante de la plaza, ó pretorio.—i y k, Restos de construcciones.—l, Santuario.—m, Pozo.—n, Espacio cerrado oblongo con una puerta en el centro de cada uno de los tres lados exteriores.—o, Torre cuadrada que sirve de puerta al edificio central.

El hecho de que los bárbaros se apoderaran del ejército no es tampoco un hecho nuevo; si había en ello un peligro, los emperadores merecían disculpa por no darse ya cuenta de él, pues necesitado soldados, los buscaban allí donde podían encontrarlos. Los merce-

narios que reclutaban allende las fronteras se sometían, seguramente con gran dificultad, á la disciplina: Amiano Marcelino refiere que en 357 algunos letos intentaron un golpe de mano sobre Lyon, cuyos alrededores saquearon, y añade que aquel acto de bandolerismo no era un hecho excepcional. Mas hacía mucho tiempo que la disciplina hacía estragos en las filas, y en último término no se mostraban más inclinados á ella los extranjeros que los nacionales. La gran desgracia es que el papel del ejército estaba invertido: había sido el más poderoso agente de propaganda de la civilización ro-



Puerta pretoria del castro romano de Saalburg (letra *d* del plano anterior)

mana y ahora contribuía en gran parte á introducir á los bárbaros en el Imperio. Y aun á esto podía contestarse que la invasión del Imperio por la barbarie era un fenómeno general irresistible, del que aquí apreciamos sólo una manifestación. Por otra parte, ¿cómo habrían podido los emperadores, siendo como eran semibárbaros ellos mismos, oponerse al movimiento que los había llevado á Italia?

La reforma militar se completó con la fortificación de las ciudades del interior. No podían éstas permanecer abiertas impunemente, y por esto un recinto fortificado las puso para lo sucesivo al abrigo de cualquier sorpresa.

La obra emprendida por Aureliano y continuada después por sus sucesores llevóse á cabo en toda la superficie del Imperio. En la Galia estaba terminada á mediados del siglo iv, según es de ver en los relatos de las campañas de Juliano (356-360), y en ninguna parte fué concebida en más vastas proporciones que en aquel territorio.

Hasta entonces aquel país no había tenido plazas fuertes más que en el Sudeste y en el Nordeste, en las cuencas del Ródano y del Rin; ahora está erizada de ellas y se calcula que son por lo menos sesenta las ciudades en donde han podido estudiarse las ruinas, más ó menos aparentes, de murallas levantadas en aquella época, debiendo añadirse á las ciudades la mul-

titud de castillos fortificados, de los *burgi*, de los *castella*.

En estas construcciones la decadencia del arte es manifiesta. Aquellas murallas distan mucho de ser las del siglo i tales como podemos estudiarlas en las colonias de la Narbonense, en Frejus, en Nimes, en Arlés, con su sabio trazado, su disposición regular, sus elegantes proporciones y su decorado delicado y sobrio. El aspecto general de las nuevas es pesado y sin gracia; las puertas achatadas y gruesas parecen poternas y la base está formada por bloques enormes y mal com-

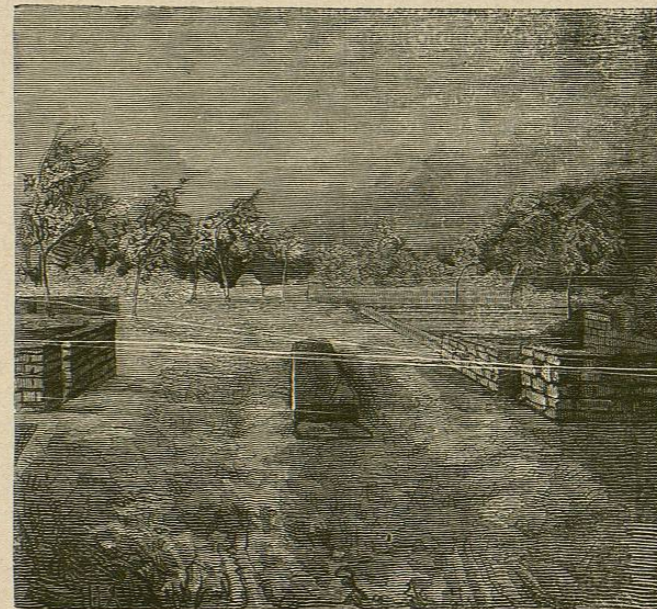
binados y que sin cimientó alguno descansan directamente sobre el suelo. Unicamente la parte superior revela cierto cuidado en las hiladas de piedras que, conforme á la moda de aquel entonces, alternan con otras de ladrillos. El muro, flanqueado de torres redondas, se desarrolla en línea recta defendido solamente por su masa; su solidez es á toda prueba, y gracias á ella resistirá al desgaste de los siglos y no cederá sino después de muchos esfuerzos á la piqueta de los demolidores modernos.

Ya hemos indicado (1) que en las fortificaciones de aquella época se emplearon numerosos fragmentos de inscripciones, estatuas, bajos relieves, fustes de columnas, capiteles, frisos, entablamentos, anteriores todos á los comienzos del siglo iv y muchos de ellos todavía con las señales del incendio producido por los bárbaros. Era natural, sin duda, el aprovechar de este modo los restos acumulados por las invasiones que formaban una especie de cantera de donde podían extraerse abundantes materiales con ahorro de tiempo y de dinero; mas no fué, al parecer, esta la única razón que para ello se tuvo, á juzgar por las precauciones adoptadas al utilizar aquellos restos. En efecto, estaban dispuestos en el interior del muro, protegidos por un doble revestimiento y separados por un hueco del baño de cemento

(1) Capítulo I, párrafo 3.

suspendido encima y que primitivamente debió de apoyarse sobre un armazón. Es evidente que una idea piadosa inspiró el cuidado con que fueron recogidos y conservados, preocupación que se imponía especialmente para los trozos de arquitectura funeraria y religiosa que importaba poner á cubierto de cualquier atentado sacrilego y que encontraban un asilo respetado en los flancos de aquellas murallas. Los muros de las poblaciones gozaban del mismo privilegio que los templos y los cementerios, es decir, eran considerados por la

Para la población encerrada dentro de estos estrechos espacios, detrás de las altas murallas que la oprimen y la ahogan, empieza entonces la vida de la Edad media, vida de aislamiento y de alarmas perpetuas. La unidad romana con la paz romana sucumbe; la guerra en grande se olvida al mismo tiempo que la gran política; la defensa, en vez de concentrarse en la frontera y en ejércitos poderosos, se localiza y dispersa en luchas parciales; los hombres ven limitarse con su campo de acción su horizonte; y á falta de un gobierno fuerte y



Puerta decumana del castro romano de Saalburg (letra *g* del plano anterior)

misma razón que éstos como objetos sagrados, gracias á lo cual son para nuestra epigrafía galo-romana una mina cuyas riquezas no han sido todavía completamente explotadas.

Parece como que los bárbaros, al retirarse, hicieran tabla rasa de cuanto á su paso encontraran, tan grande es el contraste que existe entre las ciudades de los tres primeros siglos y las que se erigieron en su lugar. Nunca país alguno ha variado tan rápida y completamente, pues en todos los puntos de la Galia surgieron de repente multitud de poblaciones nuevas tan distintas de las antiguas por su aspecto rígido y su fisonomía severa. Se acabaron las vistas al exterior y los arrabales que libremente se desbordaban en la campiña, el aire y la luz; casas amontonadas, calles estrechas, oscuras, llenas de escombros y un recinto rectangular y reducido á su mínimo desarrollo por las necesidades de la defensa, tales son los caracteres esenciales que á todas las distinguen. Las más grandes, como Poitiers, Burdeos, Sens y Bourges, tienen de 2.000 á 2.600 metros de perímetro; otras, como Périgueux y Saintes, no pasan ó no llegan á los 1.000. En el exterior extiéndese como un glacis la porción abandonada de la antigua ciudad; allí, en medio de ruinas, álzanse los edificios públicos y los anfiteatros, arruinados también y en tal estado abandonados con frecuencia, á menos de que pudieran ser incluidos en el recinto, en cual caso hacían las veces de baluartes.

tutelar, la Galia vuelve poco á poco al estado de fraccionamiento del que Roma la sacara.

CAPÍTULO III

EL GOBIERNO LOCAL

I. Las asambleas provinciales.—II. Las ciudades y el régimen municipal.

I.—Las asambleas provinciales (1).

La escasez de documentos relativos á la segunda mitad del siglo iii abre un paréntesis en la historia de las asambleas provinciales. Reanúdase ésta cuando las fuentes de información vuelven á ser más abundantes, á partir de Constantino, y se prolonga hasta los últimos tiempos de la dominación romana en medio de las invasiones y en presencia de los primeros reinos bárbaros.

En el entretanto, la fisonomía de esas asambleas se ha transformado; el cristianismo triunfante ha despojado á tales reuniones de todo motivo ó pretexto religioso, aboliendo el culto imperial, prohibiendo los sacrificios al emperador y derribando el ara de Roma y de Augusto. El altar de Lyon no existía ya en el siglo v,

(1) FUENTES.—Véanse libro III, capítulo II, párrafo 1. Código Teodosiano, XII, 12. Sidonio Apolinario, *passim*, etc.
OBRAS DE CONSULTA.—Véase libro III, capítulo II, párrafo 1.